serlo en el convento y por lo mismo: *Quedaos vosotros con los bienes de la tierra, que yo escojo los del cielo.* Y dejó la tierra y se metió en el cielo del convento, donde se santificó él y ayudó a la santificación de muchas almas. ¿Cuánta gloria no dio San Bernardo al Señor con su vida santa y con sus escritos y palabras de fuego? ¿Cuántos no abrazaron la vida de perfección y se esforzaron en ser santos, persuadidos por él, empezando por sus hermanos?

Dios en el alma está obrando maravillas divinas si el alma no se lo impide. En un momento pone más luz en el entendimiento y más gozo en la voluntad que todos los estudios que se puedan hacer durante toda la vida. Lo veo bien claro en la vida de Santo Tomás de Aquino. ¿Quién ha dominado la ciencia teológica como él? ¿Quién ha escrito con tanta precisión de concepto de la esencia y de las perfecciones infinitas de Dios? ¿Quién no admira la ilación tan lógica y con argumentos tan contundentes sobre la existencia y esencia del ser infinito de Dios, con todas las perfecciones, cuya esencia es su existencia, expresadas en su *Suma contra los gentiles?* Parece todo lo tenía patente en su entendimiento y todo lo veía con claridad y precisión.

Pero cuando estaba en la plenitud de sus facultades y mejor dominaba la ciencia y estaba escribiendo con todo su entusiasmo, va una noche a

orar ante el Señor y el Señor le comunica un momento un rayo de luz de cielo y vio de tal manera y con tanta hermosura las verdades divinas de Dios que no se atrevió a escribir más, suspendiendo la *Suma teológica*, que estaba escribiendo y dejándola sin terminar. En adelante ya sólo buscaba estar de rodillas delante del Señor y amarle y andar como ensimismado en Dios y dejar que corrieran las lágrimas de sus ojos en amor. Y a la instancia de que terminara de escribir obra tan admirable y genial como profunda, contestó: *Ya no puedo escribir. Es tan grande la luz que Dios me comunicó orando el día de San Nicolás que ya no puedo escribir. Cuanto he escrito me parece como paja, que no vale nada.* Ya sólo podía amar y admirar y adorar y estar con Dios. Su alma era un cielo. Al poco tiempo murió. Fue al cielo a ver a Dios, directamente en su luz.

291. ¿Cómo se levantaría el alma de los santos que lo sintieron si se levanta la mía cuando lo leo? Ellos lo sintieron, lo vivieron, y yo me digo: ¿Si yo lo sintiera y lo viviera como ellos? ¿Si Dios me diera a mí eso?

Pero Dios me da a mí lo fundamental y tan seguro como se lo dio a ellos. Dios me da por la fe la seguridad de que lo mismo que comunicó a ellos de modo sensible y admirable lo está haciendo en mi alma continuamente. Dios obra o quiere

obrar en mí la santidad como obró en ellos, pero de modo no sensible. Dios está en mí lo mismo que estaba en ellos y me quiere hacer cielo y lo hará si yo acudo a estar con El en la oración, si yo le traigo presente en mi recuerdo, si practico las virtudes. Porque es ciertísimo que Dios está en mí y está obrando esa obra maravillosa. Y para que obre esa maravilla en mí *más vale un acto de humildad que todas las visiones.*

Puedo ser caritativo y amable; puedo ser humilde y manso; puedo ser abnegado y modesto y recogido. Si ejercito estas y las demás virtudes, andaré envuelto en la luz de Dios. Si soy limpio de corazón, veré a Dios en mí y me veré a mí en Dios. Iré seguro por el camino del cielo y Dios me llenará y obrará en mí sus maravillas. Mi alma será cielo verdadero y hermoso.

292. En el cielo todo es amor triunfante y glorioso. Triunfaba el amor, pero todavía no era glorioso, aunque sí ardía en llama viva en el corazón de Santa María Magdalena de Pazzis cuando hablaba a los elementos y les decía amaran al amor, porque el amor no era amado. El amor triunfó en los santos y triunfa en muchas almas que pasan desapercibidas y viven vida de amor llenas de Dios.

¡Dios mío y Señor mío! Que te mire yo dentro de mí mismo. ¡Dios mío y Señor mío! Lléna-

me de Ti para que yo viva en Ti y tu amor sea mi vida. Da fortaleza a mi voluntad para que sin vacilaciones ni tardanzas me entregue totalmente a Ti y me ponga en tus manos. Conoceré que tu amor es mi vida, me estás labrando y tomando posesión de mí en que vea crecer y florecer en mí la humildad y mansedumbre, la caridad y abnegación, el vencimiento de mí mismo y la fidelidad en el obedecer y hacer con presteza tu voluntad. Conoceré que tu amor es mi vida y que me estás labrando y tomando posesión de mí, en que guste de estar Contigo, en que ande en tu presencia y viva la vida interior, huyendo de lo que me disipa y enfría. ¡Cuándo, Dios mío, mi alma será el *jardín floridísimo* en todas las virtudes! Desde ese momento sería un paraíso y antesala del cielo. Desde ese momento habrías puesto en mí la hermosura de cielo, porque te habrías puesto, Dios infinito, Tú mismo y te habrías hecho mío haciéndome tuyo.

Ayúdame a quitar mi pereza y negligencia para estar atento a tus llamadas y serte diligente y primorosamente fiel. ¡Oh amor de Dios!, quema ya en mí todas mis deficiencias y limpia todas mis manchas.

Recuerda, Señor mío, que me llamaste y me trajiste Tú aquí junto a Ti para vivir Contigo y en Ti. Nunca yo lo merecí. Lo que hiciste sin yo merecerlo termínalo y perfecciónalo, aunque no lo

merezco. Obra en mí la obra para la que me has escogido. Lábrame, purifícame y úneme ya a Ti, pues Tú lo quieres y yo también lo quiero. Levántame y santifícame y vive presente en mí, haciéndome cielo. Gran maravilla te pido, pero es tu voluntad y para esto me llamaste.

Alma mía, mira a Dios dentro de ti. Mírate empapada toda y llena de El y entrégate a El totalmente. Sé que en el momento en que yo me haya entregado con todas mis potencias y sentidos y haya muerto a mi querer harás en mí la maravilla de unirme a Ti. Que yo sea perfectamente tuyo para que Tú tengas la misericordia inexplicable de hacerte mío. Limpia mi alma para que puedas ponerte en ella y llenarme de tu sabiduría y de santidad. Entonces tendré siempre mis ojos fijos en Ti. Esta es esencialmente mi vida de alma recogida y ofrecida. Entonces tendré total confianza en Ti y empezará también la eficacia de mi apostolado.

Porque éste es el verdadero apostolado. Esta vida y este ofrecimiento y confianza en Ti vivió la Virgen, mi Madre, y el mismo Jesucristo. Vivir atento a Ti y en tu amor es mucho más que coger mi corazón y meterle en tu pecho y en mi pecho depositar tu corazón, porque es vivir en Ti y tu misma vida y tu amor. Esta vida es la que santifica y sobrenaturaliza el alma. Esta vida es la que viste interior y exteriormente al alma de hermosura.

Hermoséame, Señor mío, con tu gracia y con tu hermosura.

Mira, alma mía, cuánta gloria da a Dios un alma santa. Mira cuántas almas lleva a Dios un alma unida al mismo Dios en amor. Mira qué gozo especial tiene Dios en el alma santa, fiel y ofrecida en Dios. Se dejó santificar. Gozó en dejarse amar de Dios y en estar acompañando a Dios. Dios la tomó por instrumento suyo para hacer bien en el mundo, porque ella había dicho con Santa Teresa de Jesús: *Ya toda me entregué y di.* ¿Cuándo podré yo también decir: ¡Soy de Dios! ¡Soy de Dios! ¡Dios me ha hecho suyo!?

Hacedme vuestro, Dios mío. Que todas mis acciones y mis actividades, grandes o pequeñas, interiores o exteriores, sean para Ti. Que todo mi ser cante tu gloria, y mis palabras y pensamientos sean la manifestación de tu amor en mí.

Estando lleno de Ti gozaré en estar Contigo y en hablar de Ti y en Ti estará mi pensamiento. Estando lleno de Ti será mi alma un paraíso, un cielo de amor tuyo. Estaré ansioso esperando corras los velos de este cuerpo y vengas ya por mí para llevarme al cielo glorioso, donde te vea directamente en tu esencia y te posea ya en gloria y para siempre.

DECIMOCTAVA LECTURA-MEDITACION

DIOS ME QUIERE PARA RAIZ DE LA IGLESIA Y MEDIADOR DE LAS ALMAS

293. He querido recoger en días determinados este gran pensamiento y esta gran verdad de pensar en Dios y en algunas de sus perfecciones y compenetrarme con lo más hermoso que puede darse y a que puedo aspirar como es: mirar que dentro de mí está Dios infinito en todas sus perfecciones; que Dios, infinito en todo bien, está en mí como es y está dándome el ser y cuanto tengo y está haciéndome participante de sus mismas perfecciones y de su vida y está más íntimo a mi ser y a mi esencia y a mi alma y potencias que yo a mí mismo. ¡Dios, el Infinito, está en mí y se hace mío y me quiere llenar de su vida y transformarme y unirme a El mismo en amor, haciéndome una cosa con El sin perder yo mi propia personalidad!

Me he dado cuenta de que estoy envuelto y empapado en la luz y en la hermosura de Dios. Dios me ha criado y me ha llamado al recogimiento, porque quiere sobrenaturalizarme y aun divinizarme uniéndome a Sí mismo. ¡Qué gozo sería para mí que no solamente mi entendimiento, sino también mi memoria y mi loca imaginación tuvieran continuamente presente que la luz divina de Dios está dentro de mi alma iluminándome y embelleciéndome por la virtud; que estoy sumergido, envuelto y saturado de Dios, de la hermosura de Dios, del amor, de la bondad y omnipotencia de Dios! El mismo Dios infinito, que infunde la sabiduría altísima a los querubines y el amor infinito a los serafines y los llena de felicidad y de dicha, está también en mí, está preparando mi alma para el amor eterno y el eterno gozo. Los querubines y todas las jerarquías angélicas son ya felices y gloriosos en Dios; yo estoy en el mismo Dios, pero ganando mi mérito y mi corona de gloria. Un día, también como a ellos y con ellos, me comunicará Dios su gloria y seré feliz. Las jerarquías angélicas y los bienaventurados están ya en el cielo, en el sumo gozo, en la suma felicidad, en la glorificación del mismo Dios, y brota la alegría y la felicidad de todo su ser, como brotan los rayos del sol, como brotan la fragancia y la hermosura de la rosa, como brotan rientes las aguas del manantial, no sólo sin esfuerzo, sino con gratísima delicia.

294. Los ángeles y los bienaventurados ya ven a Dios en su esencia, ya viven en la gloria de Dios, ya participan de la misma vida gloriosa de Dios y de la felicidad de Dios, en exaltación de dicha, de sabiduría, de bondad y de hermosura. Yo vivo como ellos en la verdad de Dios. Estoy empapado, rodeado y envuelto en la realidad de Dios como ellos. Dios está en mí, infinito como es; está en lo íntimo de mi alma y de todo mi ser, dándome la vida y cuanto tengo; pero no le siento glorioso, no está aún glorificador. Estoy en el tiempo del mérito para eternidad gloriosa.

La fe me enseña estas hermosuras y aumenta en mí la esperanza para trabajar en conseguir mucho fruto de vida eterna. La fe me dice con certeza que Dios está en mí por la gracia, obrando mi transformación en amor divino hasta unirme con Dios mismo en un amor, aun viviendo en la tierra, si yo soy fiel. Realmente vivo en Dios, en la misma realidad de Dios, pero en distinta modalidad y en distinta participación.

Los bienaventurados y los ángeles te aman, oh Señor mío, y yo también te amo y te deseo amar más. Tú amas gloriosamente a los bienaventurados y lo ven, y yo creo por la enseñanza de la fe que también a mí me amas. Ellos ya ven y conocen tu esencia y tus infinitas perfecciones, y yo las creo. Ellos se gozan en tu gloria; yo la espero. Seré eternamente feliz con ellos.

¡Qué dicha ya la suya! ¡Qué aliento y alegría debe poner en mí la esperanza! Mientras vivo en la tierra, mis sentidos se inclinan hacia fuera, buscan su satisfacción en las cosas externas, me hacen olvidar de Dios, y tiene que estar mi voluntad dirigiéndolos hacia el interior, inclinándome hacia Dios. ¡Qué difícil es a mi pobre condición perseverar largo rato en la presencia de Dios, como lo desea mi alma! ¡Aun los santos se lamentaban de no poder conseguirlo!

Me enseña esto mismo la vida de aquel gran solitario y santo San Macario. Vivía en su soledad y se propuso poner todo su esfuerzo por estar ininterrumpidamente tres días en esta presencia de Dios, dándose cuenta de que lo estaba. Tres días llegó a estar con esta atención en Dios sin distraerse nada, nada. Después aconsejaba a sus discípulos no hicieran tal esfuerzo, porque queda el estado de ánimo como deshecho. Somos tan frágiles que aun sabiendo debo estar continuamente en la atención a esta presencia de Dios no sufre mi naturaleza en la tierra esta continuidad. No por esto debo desalentarme, sino reconocer mi pobreza y suplicar al Señor supla El lo que no puede mi debilidad.

Esto mismo me enseña la vida del grande San Antonio Abad, y lo enseña a todas las almas de vida recogida y que procuran la contemplación.

En su retiro del desierto quería estar con el pensamiento en Dios sin interrupción alguna. Se

daba continuamente a la oración de recogimiento y se extrañaba de que no lo conseguía. Un día vio delante de sí en el campo un ángel del Señor. Un rato estaba el ángel de rodillas, con las manos juntas, recogido; otro rato se levantaba y con un azadoncillo se ponía a cavar y cuidar la tierra y luego volvía a ponerse de rodillas. Comprendió el santo que el Señor, por el ángel, le enseñaba que en la tierra no se puede vivir la vida espiritual con tanta perfección que se olvide por completo de las cosas de la tierra y ocupaciones externas, sino que se ha de dar la preferencia a esa atención interior, pero también a sus tiempos o ratos se ha de hacer el ejercicio exterior y tener cuidado de lo imprescindible.

Nuestros miembros necesitan ejercicio. Por esto veo que todas las Ordenes dedicadas al recogimiento y que viven en soledad tienen sus ratos de trabajos físicos y de manos, santificándolo con el recuerdo de Dios. Por Dios se hace el trabajo físico y no se ha de olvidar de Dios mientras se realiza, pero no con la misma intensidad. Los sentidos necesitan distracción. La santificación ayuda a sostener el espíritu, pero no se consigue perfectamente hasta que el Señor comunica una gracia especial al alma.

Con la luz y gracia especial el alma se da cuenta de la presencia de Dios y el corazón queda levan-

tado hacia Dios y como amorosamente colgado de Dios.

¡Estás, Dios mío, en mí y conmigo! ¡Oh Hermosura infinita, Verdad infinita, Sabiduría infinita y Bondad infinita, estás en mí, dentro de mí! Yo miro hacia el exterior, pienso y busco lo exterior, pero tu hermosura infinita está dentro de mí. Como San Agustín te digo: *Qué tarde te amé, oh Hermosura siempre antigua y siempre nueva; qué tarde te amé. Tú estabas dentro de mí y yo estaba fuera y te buscaba fuera... Tú estabas conmigo y yo no estaba Contigo... Me llamaste y voceaste y quitaste mi sordera. Gusté de Ti y ahora tengo hambre y sed de Ti. Cuando totalmente me una a Ti desaparecerá de mí el dolor y el trabajo. Te busco llamándote y te llamo creyendo en Ti. Tú me enseñaste a mí.*

Enséñame, Dios mío, a recogerme dentro de mí en Ti y en tu belleza para poner todo mi amor sólo en Ti. A Ti, Señor, ofrezco toda mi vida y todas mis acciones. Bendito seas porque me has llamado y escogido para estar Contigo, y que toda mi vida la tenga ofrecida a Ti y viva en tu alabanza.

Porque eres Tú, oh Señor, quien me ha puesto aquí y enseñado esta vida de alabanza a Ti. Tú me has llamado para que en la tierra esté en el ofrecimiento y en la alabanza a Ti.

295. Dios está conmigo y en mí y está enseñándome y transformándome. Dios me ama y está poniendo en mí siempre nuevo y más intenso amor. Si ahora le amo y deseo amarle más es porque El me ha amado antes y ha puesto su amor en mí. Te pido y suplico que aumentes en mí, Dios mío, este amor. Purifica mi alma para que adquiera capacidad de poderte amar más. Que yo me deje amar de Ti hasta rebosar en tu amor y me conviertas en amor tuyo. Con ello transformarás mi alma y me unirás a Ti.

Tu amor enseña la alabanza y la expiación. De hecho Dios quiere hacerme amor suyo y alabanza suya en la tierra y que expíe por los hombres.

De aquí veo que lo primero que me pedís, oh Señor, es lo que yo sólo puedo darte. En la Sagrada Escritura me dices: *Hijo mío, dame tu corazón.* Dios me pide mi amor, mi alabanza y mi expiación. Esto sólo yo puedo dárselo.

Tiene Dios criaturas sinnúmero altísimas, perfectísimas, en el cielo y en la tierra, que cantan en exaltación de gozo la gloria de Dios. Puede criar criaturas aún más perfectas y en mayor número—y de hecho está criando—para alabarle y hacerlas participantes de su gloria. Pero mi amor y mi alabanza sólo yo puedo dársela, por insignificante que sea. Y ésta es la que a mí me pide. Dios me pide a mí mi amor y esto es personal mío y nadie puede dárselo nada más que yo. Dios no

necesita de mí ni de mi amor; pero una vez que me ha criado, me pide mi amor, y no se lo puede dar ninguno otro, sino yo. Si yo no se lo doy, Dios no pierde nada; soy yo el que pierdo y el que me he negado y rebelado contra Dios. No he querido dar a Dios lo que El me había dado; no he querido dar a Dios lo más grande que yo podía darle de mí. Tampoco puedo recibir de Dios el premio correspondiente a lo más grande que yo no he querido darle. Ningún santo puede darle esta alabanza y este amor mío, que es personal. Pueden darle más y mejor, pero no pueden darle éste, que es exclusivamente mío.

Pues, Dios mío y omnipotente, yo quiero darte toda mi alabanza y todo mi amor y todas mis obras. Ayúdame para que te lo dé de hecho.

Dios escogió a San Pablo para predicar su Evangelio en las naciones y le escogió del modo maravilloso que leo en los *Hechos de los Apóstoles*. Dios no necesitó de San Pablo para predicar el Evangelio, pero le llamó a El. Si San Pablo no hubiera querido cumplir el llamamiento de Dios ni ofrecerse, Dios hubiera escogido otro que quizá lo hubiera hecho mucho mejor que San Pablo. Quien hubiera perdido era San Pablo. Ya dice él en sus cartas: *¡Ay de mí, si no predicare!* Pero San Pablo se ofreció; fue fiel; fue el predicador de las naciones; recorrió el mundo, y es el predicador

por antonomasia entre los apóstoles. El mérito y la gloria fueron para San Pablo.

Pues Dios me pide a mí mi corazón, mi amor, mi santidad, mis obras, y soy yo quien voluntariamente se lo debo dar. Pobre de mí si no se lo diera. Dios continúa sin mí su acción en la Iglesia y en el mundo y en las almas. El que pierde soy yo; me quedo sin toda esa hermosura y grandeza que Dios quería darme.

Dios mío, quiero darte lo que me pides. Quiero darte mi corazón y mi amor y mis obras todas. Quiero que mi vida sea para Ti; toda ella para Ti y en alabanza tuya y en expiación de los pecados de los hombres. Te amo, Dios mío, y me ofrezco a tu voluntad. Te amo y te pido que me enseñes a amarte cada día más y cada día sea mi alabanza más perfecta y más santa.

Grábate, oh Señor, en mi entendimiento y en mi memoria y hasta en mi imaginación para que nunca deje de tenerte presente y sea mi alma y hasta mi cuerpo relicario tuyo y que te refleje en todas mis acciones. Permanece, Señor, en mí, hermoseando mi alma y todas mis potencias. Que sea yo digno portador tuyo. Que mis pensamientos, como mis palabras y mis acciones, muestren que estás en mí y mi fidelidad a Ti.

Porque si yo soy fiel y me entrego sin reservas al Señor, no dejará de obrar Dios en mí las maravillas que obró en sus santos de la unión de amor

con El en la tierra y de la corona de gloria en el cielo, recogiendo lo que en la tierra sembraron.

296. Sé también, oh Dios mío, que quieres de toda alma recogida, y lo quieres de mí, que te ofrezca toda la perfección que pongas en este tu huerto cerrado y jardín florido.

Hay en la condición humana un deseo y un ansia de conocer y ser conocido, y más aún de ser admirado que de admirar. Se desea el trato con las personas, el aplauso, el buen nombre y fama. Se desea con engreimiento vano que se reconozcan las obras que se realizan y las que no se realizan; se quiere aparecer ante los demás; se tiene la vanidad de figurar. Se abren la rosa y la azucena, y ni la rosa ni la azucena piden la alabanza a nadie. Se abren y despliegan su hermosura y despiden su fragancia para Dios en silencio. Sin embargo, el hombre, flor mustia y sin fragancia muchas veces, desea y busca que todos le alaben y le muestren su aprecio y su cariño.

En la soledad y en el silencio lanza el ruiseñor sus arpegios maravillosos para gloria y alabanza de su Criador. Dios pide a mi alma recogida que sea su alabanza en silencio; que le ofrezca mi nombre en escondido; que sea todo para El y sólo para El, y no busque mi gloria ni mi fama, sino que, escondido en el pecho de Dios, busque sólo que Dios sea conocido y amado. Pero esto me es-

timula a mi recogimiento y a vivir perfecta la hermosura de la vida interior para que corra por mi alma abundante la savia de la gracia y sea flor muy lozana y fragante y dé bien sazonado fruto. Estoy en el huerto sellado de Dios para ser fruto de Dios.

Te doy gracias, oh Señor mío, porque me has llamado y me has puesto en este huerto cerrado tuyo y en este jardín florido y me has traído para que sea flor tuya. En este tu jardín quiero se desenvuelva mi vida toda y ser flor tuya y fruto tuyo. Quiero ser un ruiseñor que canta tu alabanza en la noche de este mundo. Este es mi fin y mi deseo y es también el deseo tuyo.

Aquí en tu jardín florido y huerto cerrado quiero darme perfecta cuenta de la importancia de esta mi vida en el orden mío personal y en el orden a la Iglesia y a las almas de los demás hombres. Voy a repetir una vez más casi la misma idea; pues yo, como los pollicos, sólo sé repetir el continuo y monótono piar.

Dios quiere de mí que en su Iglesia sea yo la raíz escondida que produce la savia; sea las venas y arterias de este su cuerpo místico. La raíz produce la savia y la vida de la vegetación de las plantas. No me saben explicar los naturalistas cómo de la tierra y de la humedad la raíz produce la savia, que da la vida y la hermosura al árbol y a todas las plantas y es fragancia en la flor y

colorido en el jazmín. La savia, también escondida, sube hasta lo alto de los árboles y se hace fronda refrigeradora y hermosa. Sólo Dios sabe cómo sube y corre escondida, llevando la vida y alegrando los jardines con flores. Todos admiramos las flores y alabamos los frutos.

297. Pero la raíz que los produce está oculta, está enterrada, y en ese misterio oculto, metida bajo tierra, está en continua actividad, está produciendo esa química especialísima que transforma la tierra y la humedad en vida, en hermosura, en fragancia y en alimento muy agradable. La raíz produce toda la vegetación y toda la vida orgánica, pero nadie admira la raíz. La raíz está bajo tierra. Las raíces de los árboles corpulentos cruzan bajo los caminos, pasan por encima de ellas los carros y los animales, no las da el sol, y la raíz, siempre callada, metida en la tierra, no deja de hacer su obra, de producir savia, de llevar vida y ser vida. ¿Cómo estaría la tierra si las raíces dejaran de hacer su obra maravillosa? No habría ni lozanía de valles, ni hermosura de jardines, ni riqueza de huertos y sembrados con sus frutos sazonados. No habría vida. Si enferma la raíz escondida, enferma, languidece y muere todo el árbol. ¿Cómo sube, me vuelvo a preguntar, la savia desde la raíz hasta lo alto y cómo se hace rosa o fruta?

¡Qué maravillas, Señor, has puesto en la natu-

raleza! Pero la raíz, para producir toda esa vida, toda esa riqueza y hermosura de la vegetación de los árboles tan variados y desarrollados, de los frutos tan distintos y gustosos, de las flores tan bellas tan fragantes y tan diferentes y toda la clase de hierbas, está escondida, está metida en la tierra y en la humedad; no ve la luz del sol, no busca la alabanza ni la admiración ni el agradecimiento de los hombres, y siempre, sin parar ni descansar, hace su obra.

Dios y Señor mío, bendito seas porque me has escogido para que yo produzca continuamente savia espiritual para tu Iglesia y para las almas y sea riqueza y fertilidad en tu jardín de la tierra. Y para que la produzca me has puesto en este tu huerto sellado y me has metido en tu pecho, donde debo estar encerrado y escondido, no enterrado, sino encielado o metido en el cielo, en la verdad de Dios, produciendo con mi vida santa savia espiritual de gracia para las almas y para la Iglesia, para que abunden las flores y los frutos espirituales en la tierra. La misión que me has confiado es poner cielo en la tierra para convertir la tierra en cielo por la virtud y amor de Dios.

Debo estar metido en Dios, escondido en Dios. ¿Qué pensará y cómo vivirá un alma toda sumergida en Dios? ¿Cómo piensan y cómo viven los ángeles que están sumergidos en la vida, en la verdad y en la felicidad de Dios? Santa Teresa de

Jesús me da la respuesta por su propia experiencia:

Un alma en Dios escondida,
¿qué tiene que desear,
sino amar y más amar
y en amor toda encendida
tornarte de nuevo a amar?

El alma sumergida y escondida en Dios tiene pensamientos de cielo y del mismo Dios y vive la misma verdad, amor y vida de Dios. Vive en el gozo, aún no glorioso, de Dios. Inspirado por Dios, yo he escogido vivir esta dichosa vida. La grandeza y hermosura de mi vida es estar bien escondido y bien metido en Dios, produciendo savia, no de la tierra y para los árboles de la tierra, sino savia del cielo, de gracia, de amor de Dios, para que las almas tengan vida y frutos de cielo. Mi vida bien vivida es la más fecunda para la Iglesia y para la gloria que a Dios se le puede dar en la tierra.

No debe importarme no ser conocido; antes debo alegrarme que no me conozcan, ni me miren, ni se hable de mí. Nadie mira a las raíces; nadie repara en pisar las raíces. No por eso la raíz deja de hacer su obra y llevar vida. Me he escondido en Dios para no ser conocido de los hombres y estar siempre presente a Dios. Si la raíz enferma, si la raíz no tiene vida o humedad, muere el árbol, se marchitan y secan las flores, no hay vegetación, ni flores, ni frutos.

Si la raíz está en buena tierra y con humedad y sana, produce esa alquimia de la savia que sólo Dios sabe cómo se transforma, pero que es vida y produce la fertilidad, la hermosura, las flores radiantes de colorido y fragancia y los sazonados y exquisitos frutos.

Me quieres, Dios mío, raíz de tu Iglesia para producir la espiritualidad y la santidad para las almas. Si yo no estoy metido en Ti y no tengo la vida sana y vigorosa de gracia y de virtudes en mi alma, seré, en cierta manera, causa de que en la Iglesia y en las almas no florezca el espíritu de santidad y de vida espiritual, porque yo no cumplo el fin para que me has escogido. Si yo deseo conocer y ser conocido, si aspiro a ver y ser visto, me he salido de Ti y no tendré vida pujante en mí y seré causa de la languidez y esterilidad para los demás. Pero si yo estoy bien escondido en Ti y atento a Ti y viviendo tu vida, comunicaré savia divina a la Iglesia y a las almas. Siendo yo santo, santificaré a otros muchos. ¡Para ser santo me llamas! ¡Que no decaiga, Dios mío, del llamamiento!

Quiero poner esta otra comparación que me enseña esta misma verdad.

Yo tengo mi cuerpo y palpo la vida y buena salud de mi cuerpo y de mis miembros o lamento mi falta de salud y de vigor. Hoy oigo hablar de enfermedades determinadas del cerebro por falta

de riego. Por mis miembros están distribuidas las arterias y las venas, por donde circula la sangre, llevando la vida hasta las últimas extremidades y recogen a su vez la sangre para purificarla. Las venas y las arterias van escondidas debajo de la piel y metidas en la misma carne de los miembros y llevan la vida y son la belleza del colorido en el rostro. El corazón, escondido, es el gran productor de todo ese movimiento que lleva la vida y el vigor a todos los miembros.

Me has escogido a mí, oh Señor, para que sea yo el corazón y las arterias y las venas ocultas de tu Iglesia y de la vida espiritual. Si me lamento de algún mal en la Iglesia y de falta de espíritus y virtudes, quizá tengo yo la culpa, porque no llevo bien el riego de vida a todos los miembros de la Iglesia; yo, arterias, venas, corazón, no purifico la sangre, no llevo la vida; estoy yo enfermo y por eso no llevo la salud y el vigor. Hay que purificar en el corazón la sangre intoxicada y la recogen las venas y la llevan las arterias escondidas, metidas dentro. Si no circula bien la sangre, se producen las enfermedadas, la embolia, la muerte.

Quieres, oh Señor, que yo purifique por la expiación los pecados del mundo y muy calladamente lleve tu sangre bendita o la gracia a las almas, y he de hacerlo muy oculto, como las arterias y el corazón de mi cuerpo. El gran misterio de la santidad de las almas y de la Iglesia quiere el Señor

hacerlo sirviéndose de mí y quiere el ofrecimiento de mi voluntad y mi presteza para hacerlo. No sé cómo Dios obra ese misterio, pero sé que lo hace, y por lo mismo que mi santidad tiene que contribuir a la santidad de la Iglesia y de las almas. Si yo no vivo esta santidad, he sido infiel al llamamiento divino, y al lamentarme de que no haya la santidad que debiera reinar en la Iglesia, me lamento de mi infidelidad y del mal comportamiento mío. Cuando falta la santidad en la sociedad es manifiesta señal de que o no hay almas entregadas al recogimiento o de que las almas de recogimiento no le viven ni viven la vida en Dios.

Si yo, corazón de la Iglesia; si yo, arteria y vena de la Iglesia, me salgo al exterior, ni tengo ya mi vida ni puedo llevarla a los demás miembros. No sabré llorar o expiar los pecados de las almas, ni regaré el cerebro de la Iglesia en los sacerdotes, ni los miembros de la Iglesia en los demás fieles.

Dios mío, que me has escogido para ser iglesia oculta, viva, hermosa, ayúdame para que lo cumpla y pueda decir *en la Iglesia yo soy el amor* o el corazón. En el corazón repercuten todos los sentimientos y se purifica la sangre. El amor lo alienta y levanta todo, lo armoniza y alegra todo.

298. La Virgen es mi modelo. Se llama a la Virgen *Madre de la Iglesia*. La Virgen vivió muy

calladita y oculta la vida más espiritual y santa que ha vivido la criatura en la tierra. La Virgen estaba haciendo esta gran obra de ser la savia y el corazón y las arterias y venas de la Iglesia.

La Virgen es la Madre de la Iglesia porque aceptó el dolor y el cuidado de las almas. Oró y expió por las almas. La Madre limpia y cuida la casa y los hijos, y la Virgen oró y se ofreció por todos con Jesús en la cruz y durante toda su vida.

La Virgen vivió la fe más heroica y perfecta y porque perseveró en la fe vivió el amor más santo y la unión más perfecta con Dios y consiguió los más copiosos frutos para las almas. Y me ha escogido el Señor a mí para que en vida recogida sea también madre de las almas, intercediendo por ellas, expiando por ellas. Me manda el Señor que yo cuide y limpie de su Iglesia en todos y en cada uno de sus miembros y les alcance la gracia de la conversión y de la santificación. ¡Para qué gran misión me escoges, oh Señor! Dame la gracia para que yo la cumpla. No vivo mi recogimiento para estar ocioso y descansado, sino para estar continuamente y sin interrupción obrando la obra de Dios en el mundo.

La obra de Dios por excelencia, ya queda dicho, no es la creación y gobierno de los mundos materiales, por asombrosa que sea y por más que nos pasme, y con razón, a los hombres. La obra maravillosa de Dios es la santificación de los espí-

ritus y de las almas, de los ángeles y de los hombres: es el misterio de la transformación del espíritu y del alma en amor divino para hacer con ellos la unión de amor y como divinizarlos. Y Dios hace esta maravillosa obra en escondido, callado; tan callado y tan misterioso que ni la misma alma lo siente ni lo nota. Pero Dios continuamente lo está haciendo en mi propia alma y en lo íntimo de mi ser.

Dios, que está haciendo esta maravillosa y misteriosa obra en mi alma, y la hace tan perfectamente como yo quiero o como sea perfecto mi ofrecimiento, quiere también unirme a El y asociarme con El para la santificación de la Iglesia y para la salvación y santificación de las almas. Ha sido bondad especial de Dios para conmigo haberme escogido para que yo realice esta obra de Dios en su Iglesia.

299. La obra maravillosa y especialísima de Dios es la santificación de las almas, es acrecentar el amor de Dios en las almas que son fieles en el ejercicio de las virtudes para transformarlas en amor divino, para unirlas en unión de amor con El mismo. La santificación de las almas es la santificación de la Iglesia.

Me he ofrecido a Ti, Dios y Señor mío; porque me he ofrecido a Ti estoy envuelto y sumergido en Ti y Tú me llenas del infinito bien tuyo.

Si te amo y estoy efectivamente ofrecido, pediré y contribuiré para que todo el cuerpo de la Iglesia sea santo, que los ministros del Señor sean santos, que las almas consagradas a Ti sean santas, que todos los fieles de la Iglesia sean santos.

Este es el cuidado de la buena madre y de la buena esposa. El alma recogida es esposa de Jesús, y la esposa cuida de los bienes y de la limpieza de la casa. Jesús la confía el cuidado de sus bienes, que son las almas, no sólo de la Iglesia, sino de todo el mundo. La esposa sabe poner ese calor de amor y de atracción y encanto en la casa y me lo confía Dios a mí. ¡Con cuánto esmero y primor cuida la esposa de la casa y de la familia, no escatimando sacrificio alguno! ¡Que la casa agrade al Esposo y sea su gloria! ¡Que el Esposo encuentre su contento en la casa! Y las joyas y tesoros de Dios son las almas.

Viniendo con un señor de un viaje para procurar la fundación de un convento, entró el señor en su casa, magníficamente bien dispuesta, y encontró la novedad de una alfombra en la escalera. Espontáneamente dice a su esposa al ver la alfombra colocada: «¡Qué bien y qué elegante la has puesto!» ¡Qué contenta se puso la esposa de haberle agradado con un adorno tan sencillo! Mucho más fácil de agradar es el Señor con la diligencia que el alma recogida pone en adornar la Iglesia, intercediendo por las almas. Dios se muestra agra-

decido al alma que con diligencia y esmero cuida de su casa y de sus joyas y tesoros. ¡Qué contenta se pondrá la esposa cuando oiga la alabanza del Esposo y reciba de su mano el galardón! ¡Bendita sea el alma que se entregó! ¡Dadme la gracia para que yo me entregue a Ti, oh Dios mío!

Mi misión de amor y entrega en la tierra es misión de gloria para el cielo. Mi vida de santidad y virtudes en la tierra es vida de esperanza, de premio en el cielo. Mi vida aquí es vivir en Dios, en lo infinito de Dios, en lo hermosísimo y amorosísimo de Dios, para vivirle luego en la mayor gloria en el cielo. Mi vida en la tierra es estar recibiendo gracia de Dios y darle en mí no sólo hospedaje pasajero, sino total posesión de mí y que establezca en mí su morada permanente y transforme mi alma en amor y me una a El en amor. Entonces empezaré a sentir la grandeza para la cual me ha llamado y el gozo de ser morada eterna y gloriosa de Dios en el cielo.

¡Qué grande misión me has señalado, oh Señor mío! Mi vida aquí es ser ambiente de fragancia de Dios en el jardín de Dios. Mi vida es ser orden y hermosura y encanto de Dios y amor de Dios contra el desequilibrio y apartamiento y falta de amor a Dios del mundo. ¡Dios mío, que te quieres confiar a mí, bendito seas! Cada día que pasa quiero estar más metido, más sumergido en tu luz y en tu hermosura y bondad. Cada día quie-

ro ser más amor tuyo y para Ti, rogándote me transformes pronto en amor y me unas a Ti en amor. Entonces seré luz en tu luz y hermosura en tu hermosura y amor en tu mismo amor. Entonces será la perfecta alabanza tuya en la tierra y luego gloriosa en el cielo. Entonces habré de interceder y expiar por todos los hombres, hijos tuyos y hermanos míos. Habré llenado la misión que me encomendaste.

Ya sé el altísimo premio que me has de dar: hacerte mío y hacerme tuyo. Tú, infinito Bien, estarás llenando de Ti mismo mi alma y divinizándome. Yo estaré cantando tus bondades y larguezas en Ti.

Tú que ves mi flaqueza y debilidad y mi inconstancia, vísteme de fortaleza y dame la perseverancia. Entra dentro de mí; toma perfecta posesión de mí para que yo constantemente sea tuyo y haga en todo tu querer. Que no sea, como suelo, decisión de pocos minutos, sino decisión de toda mi vida. Que todas mis acciones y todas mis aspiraciones sean de ser sólo tuyo y para siempre. Tú serás mío y para siempre. Serás mi felicidad eternamente y mi cielo.

Puesto que me has llamado para la santidad y para vivir este tu amor con perfección, no dejes la obra empezada; termina en mí tu obra maravillosa. Lléname mi memoria y mi entendimiento de Ti y fortalece mi voluntad para que sea fiel y abnegado

y perseverante en mi entrega a Ti. Que yo sea tuyo ahora y siempre, como lo son los bienaventurados, y con ellos cante tus misericordias.

Dame lo que mandas y mándame cuanto quieras. Dame tu amor y mándame que te ame como Tú debes ser amado, con todas mis fuerzas y en Ti ame todas las cosas. Llena mi recuerdo de Ti, aviva mi imaginación de Ti y mándame que te tenga siempre presente y todo lo haga por Ti. Mi gozo no terminará en la tierra, sino que será cumplido y feliz viéndote en tu esencia en el cielo y diciéndote, ya lleno de gloria: *Me alegro de que Dios está en mí y me hace suyo. Yo estoy en Dios. Dios me da su vida y se hace mío. Eternamente será mío y será mi cielo y mi felicidad. Yo eternamente cantaré sus misericordias.*

L. D. V. M.

Apéndices

Juzgo conveniente poner como apéndices sobre la naturaleza y perfecciones divinas unos párrafos, casi todos descriptivos, brillantes y afectuosos, de autores de distintas épocas empezando por la actual, porque al mismo tiempo que nos dicen el altísimo concepto de la naturaleza de Dios ponen vuelos de deseos y alas de luz para amarle. Es amar la Suma Bondad y la Suma Hermosura. Es amar la felicidad.

APENDICE I

UN SOLO DIOS INFINITO Y NECESARIO.—JUAN VÁZQUEZ DE MELLA (1861-1928).

«No hay más que dos maneras de existir: por sí mismo o por la acción de otro ser. Es imposible atribuir las dos formas de ser a un mismo sujeto, porque poseería como propio el ser y le recibiría, sería y no sería al mismo tiempo, lo que es contradictorio; luego el ser por sí y el ser por otro son irreductibles y deben tener atributos diferentes.

»El ser que existe por sí tiene que ser absoluto; es decir, completamente independiente en su existencia y en su actividad. Si fuese dependiente, tendría que serlo de sí mismo o de otro ser; no puede depender de sí mismo, porque la dependencia es relación a otro ser diferente, que no puede tener consigo uno mismo. No puede depender de otro, pues si existe por sí, no necesita para nada el concurso ajeno, porque en aquello en que lo necesitara no existiría por sí, sino por el que se lo diese. Luego el ser que existe por sí es absoluto; es decir, completamente independiente.

»El ser absolutamente independiente es infinito, no

puede tener límite en sus perfecciones. Si lo tuviese, ese límite sería impuesto por sí mismo o por otro. El mismo no puede imponérselo, porque si tuviera el poder de limitarse, tendría el de cambiar de naturaleza y hacerse dependiente, y se aniquilaría. De otro ser es imposible, porque si alguno se lo impusiese, dependería de él, y ya no sería independiente y absoluto. Luego es infinito. Y si es infinito, tiene que tener todas las perfecciones posibles, sin mezcla de imperfección, y ser único, porque si hubiese un ser independiente del suyo, tendría un límite en su rival, que existiría también por sí, y dos infinitos opuestos, que poseyeran y no poseyeran, respectivamente, perfecciones infinitas, son contradictorios. Luego el ser infinito es único y no puede tener *dual* ni *plural*. Sería muy fácil declarar todos los demás atributos absolutos y los llamados relativos, desde la simplicidad, la inmutabilidad y la inmensidad hasta la Providencia. Baste con señalar su fundamento y premisas.

»El ser que existe por la acción de otro tiene atributos opuestos. Existir por la acción de otro es no tener como propiedad eterna la existencia, es depender esencialmente, y depender es ser limitado, contingente, finito.

... ...

»Dios no puede tener en Sí mismo accidentes, que le limitarían y cambiarían; y si no pudiese producir sustancias haciéndolas pasar de la posibilidad a la realidad, no produciría nada y sería infecundo y estéril, y no sería infinito. Luego es creador de sustancias que se modifiquen y que modifiquen y que sean imitaciones deficientes y reflejos pálidos de sus perfecciones soberanas.

»Y si es creador, todos los seres tienen con él una

relación de dependencia, de efecto a causa, que llamaré la *relación de causalidad.*

»Y como al obrar tiene que proponerse un fin, porque si obrara sin ninguno, no sería inteligente, ese fin tiene que ser él mismo, pues si obrase por otro distinto, dependería de él y sería finito.

»Esta relación que tienen todos los seres, como medios, con Dios es la que llamaré la *relación de finalidad.*

»Pero los seres creados permanecen en su existencia y no se sumergen en la nada, lo que implica una dependencia de la continuidad del ser, que es la *relación de conservación.*

»Si un solo ser no fuese dependiente, en su existencia, en su actividad, en la permanencia de ellas y en su fin, de Dios, le negaría.

»El límite es el resultado de dos dependencias recíprocas. Millones de universos dependientes esencialmente de Dios creador, no harían más que reflejar su poder y hermosura; pero un átomo independiente de su ser y su acción le destruiría al limitarle, haciéndole finito.»

(Juan Vázquez de Mella. *Ultimo discurso. Divinidad de la Iglesia.*—Tomo XXI y III de Filosofía-Teología-Apologética.)

APENDICE II

El Padre Estanislao de la Virgen del Carmen describe qué es Dios.

¿QUE ES DIOS? P. Fr. Estanislao de la Virgen del Carmen (1873-1907).

«¿Cuál puede ser la perfección divina? ¡Qué hermoso sería un prado en el que se juntaran todas las flores cono-

cidas, y para mayores encantos el trecho que no tuvieran las flores estuviera empedrado con todas las piedras preciosas que se conocen! ¿Qué, si en aquellas piedras se vinieran a romper y en aquellas corolas a recibir los rayos de todos los luceros? ¿Y qué si para mayor placer se juntaran todas las aves y uniendo sus trinos y gorjeos hincheran el espacio con sus cantos? Ah, pero es que entonces, dado lo inmenso de aquella pradera, no podríamos gozar de todo a la vez y tendríamos necesidad de ir dilatando y dejar de mirar una parte para ver otra; pues ¿qué diríais si para evitar este inconveniente se reunieran en una sola flor todos los encantos de las demás, de modo que contemplando esa flor viéramos a la vez los colores todos, y percibiéramos los aromas de la violeta, del clavel, de la rosa, del azahar, de la azucena, del lirio y de todas las demás flores? ¡Oh!, ¿no echáis de ver ya quién es esa flor? Es Dios, donde se unen las perfecciones todas de la creación.

»Pero esas perfecciones son en las criaturas limitadas; y aunque alumbra el sol podrá alumbrar más; y aunque refresca la brisa podría refrescar más; y aunque son limpias las corrientes podrían serlo mejor. En las criaturas siempre se ve lo limitado, siempre es lícito apetecer más. No sucede así con Dios. En Dios todas las perfecciones son sumas y en tan alto grado que, como enseña Santo Tomás, no se predican de Dios y de la criatura de un modo unívoco, sino de un modo análogo. Por eso San Dionisio areopagita dice que Dios no es vida, ni luz, ni bondad, sino cosa aún más eminente. Y los antiguos escolásticos, hablando de Dios, no decían esencia, ni substancia, sino superesencia y supersubstancia. Pues si será agradabilísimo ver aquello sumo a que puede llegar la claridad del brillante y el centellear del carbunclo, y el verdor de la esmeralda, y el morado de la amatista, y lo azulado de la turquesa, y la gran-

deza de la perla, y lo variado del ágata, y el resplandor del oro, y lo suave del jacinto, ¿qué será ver en Dios todo esto y todas las demás perfecciones que suben a un punto cual es imposible pasar adelante, porque más allá no hay nada más rico, ni más valioso, ni más bello? ¿Qué hermosura será...?».

»Dios no sólo contendrá en Sí virtualmente todas las perfecciones de sus inferiores, sino que también será lo más simplificado y sumo. Un ejemplo nos servirá de explicación. Suponed una altísima montaña de perfecta figura cónica; su base es anchísima, pero según va subiendo va estrechándose hasta rematar en simplicísimo punto. Subid por esa montaña, y a cada paso que déis, iréis dominando más el horizonte; veréis a la mitad lo que veíais al principio y mucho más; pues esa mitad, aunque de circunferencia más pequeña que la base, contiene toda la base y mucho más; subid y, al llegar a la meta os encontraréis en un punto simplicísimo; pero veréis que ese punto domina todo el horizonte, campiñas bordeadas de finísimo césped, de doradas espigas y verdes y frondosas viñas, y más allá, como galón de plata, el río, cuyas aguas reflejan los rayos solares; id extendiendo la vista, dando la vuelta, y os encontraréis de la otra parte con el mar y contemplaréis las olas que se rompen contra las rocas, los barcos que se hacen a la vela y más allá la inmensidad de las aguas que se pierden en la distancia, al cielo que se abraza con el océano; todo eso lo estáis dominando desde un punto simplicísimo, que domina campiñas, verduras, espigas, árboles, viñas, aguas, barcos y cielo. Se trata de un ejemplo y la semejanza no puede ser acabada; pero valgámonos de él; esa montaña es la Naturaleza; en ella la base es anchísima; es el ser trascendental que de todos se predica, pero que domina muy poco la campiña de la perfección, pues sólo tiene dos conceptos: el de la esencia y el de la

existencia; subid, subid esa montaña y veréis que se va estrechando, pues cada vez la extención es menor y el ser más simple; ya estáis en la substancia corpórea; avanzad y tenéis la vida vegetal; la vida sensitiva, el alma humana; la circunferencia tiene menos diámetro, el alma humana es mucho más simple..., es substancia simple, pero, tiene potencias que se distinguen de la esencia; subid más y os encontraréis con el ángel. El ángel es más simple que el alma y no se une con el cuerpo para componer una especie. Pero el ángel no es del todo simple; sus ideas se distinguen de su substancia; además el ángel conoce otra composición; no es acto puro, ni existe necesariamente y por eso consta de dos elementos entitativos realmente distintos; la esencia y la existencia. Subid, por lo tanto, que no hemos llegado a la cumbre; es la meta; un esfuerzo más; saltad de la Naturaleza al Criador y estáis ya en el punto simplicísimo de la montaña, que encuentro yo en Dios. Formalmente debo buscar en Dios, como constitutivo metafísico, lo que en la línea de los seres sea lo más perfecto: ¿es la existencia? ¿Es la substancia? ¿Es el espíritu? Algo de esto, pero no basta: el espíritu se perfecciona por el acto de entender; el entender actualmente y entenderlo todo, eso es la suma perfección, es el constitutivo de Dios.

»¿Me preguntáis quién es Dios? Es el ser inteligente que siempre entiende y lo entiende todo. Pero fijaos que lo sumo debe ser lo simple. Fijaos que estamos en el vértice de la montaña cónica. Dios es simplicísimo; el acto de entender de Dios es su misma esencia; no se distingue de su entender, de su propia substancia; allí la esencia, la substancia, la facultad, la especie, el acto, la idea, es todo uno; todo es un punto simplicísimo. Pero acordaos que el vértice lo domina todo. Ah, Dios es ese vértice... Dios todo lo contiene, Dios es infinito.

»Reunid todas las perfecciones que podáis imaginar: la bondad, la sabiduría, la hermosura, la santidad, todo, todo; no hacéis nada; todo es poco, muy poco, Dios es más...

»Y como remate de tanta perfección, considerar en Dios la eternidad. El es eterno, y el ser eterno no sólo supone que no tiene principio, ni tendrá fin; algo más se requiere para la eternidad. Se requiere que todo lo que se goza y se disfruta no sea solamente disfrutado y gozado para siempre, sino que todo se disfrute al mismo tiempo, que todos los bienes coexistan y se dividan. Por eso Boecio unió en su definición de la eternidad la duración con la coexistencia: *la posesión de una vida interminable y que toda existe a la vez.* ¡Qué grande se presenta Dios, qué hermoso; qué deseo se levanta en el ánimo de gozarle, de contemplarle, de amarle.»

(*Naturaleza de Dios,* en *Obras* del P. Estanislao de la Virgen del Carmen, tomo I, págs. 68 y ss.)

APENDICE III

EL VENERABLE P. Eusebio Nieremberg escribe maravillas de Dios y dice:

DIOS CREADOR DE TODO Y SUMA HERMOSURA.—P. J. Eusebio Nieremberg (1595-1658).

«Dios no recibió ser de otro, que nadie se le limitó, y así tiene un ser infinito, el cual, como dice San Gregorio Nacianceno, *«abraza y contiene en sí todo ser universal, nunca empezado, nunca perecedero, como un infinito e interminado de esencia.* Todas las demás cosas muestran ser hechas de otra, porque son limitadas y finitas; sólo

Dios es infinito, pues ninguna cosa le determinó; y así por no tener causa alguna que le estrechase el ser y perfección, como por ser El fuente y origen de todas las demás causas, tiene necesariamente toda la perfección, cuanta es posible e imaginable. De modo que es un ser tan bueno, tan perfecto, tan hermoso, cuanto no es posible imaginarse ni desearse mejor, con el cumplimiento y junta de toda perfección y hermosura posible, y es un estupendo milagro de belleza, un pasmo de perfección, un inmenso mar del ser, un abismo de esencia que en sí abraza toda esencia y perfección imaginable. Porque Dios es cuanto se puede desear y cuanto bueno se puede querer. Y así dijo Plotino: *Dios es lo que quiso y como quiere*; porque es cuanto pudo querer ser. Después añade: *Señor es de sí, y por su propio arbitrio posee su mismo ser.*

»Habla de esta manera, no porque tuviese Dios libre voluntad para ser de esta o de otra manera, sino porque lo mismo es ser de Sí mismo que si hubiera tenido libertad y elección para ser como quisiese; pues en realidad de verdad es cuanto se podía desear ser de bueno y perfecto.

»Porque si uno tuviese este singular privilegio, que escogiese cuantas perfecciones quisiese de su ser, no podía desear ni imaginar ser tanto cuanto Dios es; que aunque El no escogió su ser, nadie se lo dio; y así fue tanto el no limitársele alguno, cuanto haber El escogido el mejor. Echese uno a pensar por mil años perfecciones y hermosuras; no podrá llegar a pensar alguna tal que no exceda infinitamente la hermosura de Dios, porque nadie limitó ni tasó su bondad y esencia. Por esto el profeta Baruch, hablando de Dios, dice: *Grande es y no tiene fin; excelso e inmenso,* porque es infinito y carecen de término sus divinas perfecciones. Y también dijo David: *Grande es el*

Señor, digno de ser alabado sobremanera, y no hay fin de su grandeza, porque abarca toda perfección de ser...»

«No sólo están en Dios todos los bienes, sino todos los sumos; ni solamente están todos los sumos, sino todos sumamente, porque en El están sustancial, esencial, única y eminentemente. En El está todo y en El se contiene todo de muchas maneras» (De la *Hermosura de Dios y su Amabilidad,* Lib. I, cap. IV, párr. II, por el V. P. J. Eusebio Nieremberg, S. J.).

...«Bien se puede hacer concepto que la luz reciba ser del sol, y que dependa de él; que el calor reciba ser del fuego; que de las semillas nazcan las plantas, y de las plantas, el fruto; que al hijo haya engendrado el padre y que a un ángel le haya criado Dios. Esto bien se deja entender y se hace concepto de ello.

»Pero que Dios no sea de nadie, sino de Sí mismo; que no tenga causa; que ninguno le haya dado el ser; que desde una eternidad haya sido; que siempre, siempre se haya hallado Dios, de esto no se hace concepto cabal; esto es incomprensible; y cuanto esto es claro que es así, es oculto cómo sea así. Evidente cosa es que Dios no tiene ser de alguien; pero incomprensible cosa el modo como tiene ser de Sí.

»Pues al paso de esta inmensa diferencia de tener ser de nadie a tenerle de otro, es la diferencia de la Hermosura de Dios a las demás hermosuras y perfecciones.» (De la *Hermosura de Dios,* etc. Lib. I, cap. V, párr. II.)

«... Se puede echar de ver la razón que tuvo San Anselmo en algunas reglas que dio para conocer la infinita perfección de la Naturaleza divina. Dice lo primero que Dios es una cosa tal, que no se puede pensar mayor... porque

no sólo es tan grande Dios, que no sólo es cuanto bueno hay, sino cuanto es mejor. Piense un ser lleno de infinidad de bienes, colmado de perfecciones: no ha pensado cosa mayor que Dios. El cual no sólo tiene los atributos y perfecciones infinitas que le atribuimos, sino otras infinitas perfecciones, que no conocemos de las cuales ni sabemos sus nombres, ni formamos sus conceptos.» *(De la Hermosura de Dios y su Amabilidad,* por el P. J. Eusebio Nieremberg. Lib. I, cap. VI, párr. I.)

APENDICE IV

San Juan de la Cruz insinúa algo de lo infinito de Dios.

GRANDEZA Y ALTEZA DE DIOS.—San Juan de la Cruz (1542-1591).

«Pero allende de lo que me llagan (en amor) estas criaturas en las mil gracias que me dan a entender de Ti, es tal *un no se qué* que se siente quedar por decir, y una cosa, que no se conoce, quedar por descubrir, y un subido rastro que se descubre al alma de Dios quedándose por rastrear, y un altísimo entender de Dios que no se sabe decir (que por eso lo llama *no sé qué)* que, si lo otro que entiendo me llaga y hiere de amor, esto que no acabo de entender, de que altamente siento, me mata. Esto acaece a veces a las almas que están ya aprovechadas, a las cuales hace Dios merced de dar en lo que oyen o ven o entienden... una subida noticia en que se le da entender o sentir alteza de Dios y grandeza, y en aquel sentir siente tan alto de Dios que entiende claro se queda todo por entender; y aquel entender y sentir ser tan inmensa la Divinidad que no se puede entender acabadamente es muy subido entender. Y así una de las grandes mercedes que en esta vida hace Dios a

un alma por vía de paso es darle claramente a entender y sentir tan altamente de Dios que entiende claro que no se puede entender ni sentir del todo, porque es en alguna manera al modo de los que le ven en el cielo, donde los que más le conocen entienden más distintamente lo infinito que les queda por entender, porque aquellos que menos le ven son a los cuales no les parece tan distintamente lo que les queda por ver como a los que más ven.» (San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* canción 7.)

APENDICE V

Santa Teresa de Jesús dice lo que vio sobre Dios y pone una comparación.

EN DIOS ESTA TODO Y SE VE TODO.—Santa Teresa de Jesús (1515-1582).

«Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante muy mayor que todo el mundo, u espejo, a manera de lo que dije del alma... salvo que es por tan más subida manera que yo no lo sabré encarecer; y que todo lo que hacemos se ve en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza.

»Cosa espantosa me fue en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda ver qué cosas tan feas se representaban en aquella limpieza de claridad...» (Santa Teresa, *Autobiografía,* cap. 40, núm. 10.)

«...Por una noticia que no sé decir; aunque no lo vi, entendí estar la divinidad... Entendí estar allí todo junto

lo que se puede desear y no vi nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo nonada que todo era en comparación de aquello. Es ansí que se afrentaba después mi alma de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuantimás aficionarse a ella, porque todo me parecía un hormiguero.» (Santa Teresa, *Autobiografía,* cap. 39, número 22.)

APENDICE VI

Fray Luis de Granada describe con ternura y devoción algo de algunas perfecciones de Dios. Muchos autores posteriores siguieron su método con menos elegancia y afecto, como él siguió el de San Agustín.

AFECTOS SOBRE LAS PERFECCIONES DE DIOS Fray Luis de Granada, (1505-1588).

«Pues Vos sóis infinitamente perfecto y así merecéis ser infinitamente amado. En Vos solo se hallan las perfecciones y hermosuras de todas las criaturas; y todo cuanto está esparcido por este mundo tan hermoso que Vos creastes, todo ello con infinita ventaja está en Vos. Porque si Vos distes a las criaturas todas las perfecciones que tienen, y nadie puede dar lo que no tiene, necesariamente ha de estar en Vos lo que distes a todo lo que criastes fuera de Vos...

... »Pues si Vos, Dios mío, distes su ser y sus perfecciones a todas las cosas, síguese que todas ellas por muy alta manera están en Vos. En Vos están las perfecciones de todos los ángeles, la grandeza de los cielos, el resplandor del sol, de la luna y de las estrellas; la virtud de los planetas, la hermosura de los campos, la gracia de las flores, la frescura de los valles, la claridad de las fuentes, la dulzura de

los sabores, la suavidad de los olores, la sabiduría de los sabios, la fortaleza de los fuertes y la santidad de todos los santos. Y así de todas estas cosas gozará quien gozare de Vos; y todas estas cosas verá en Vos más perfectamente, que si las viese en sí mismas... Pues si tan amable es la perfección de todas las cosas, ¡cuánto más lo seréis Vos, Dios mío, en quien están todas las perfecciones infinitamente aventajadas! Ameos, pues yo, Señor, si no tanto cuanto Vos merecéis, a lo menos cuanto en esta vida me sea posible. Ameos con todo mi corazón, con toda mi alma y con lo último de todas mis fuerzas...

...»Ameos yo, Señor Dios mío y Criador mío, por razón de vuestro nobilísimo y perfectísimo ser, el cual es en Vos tan esencial y tan propio, que no es posible caber en entendimiento de quién sabe qué cosa es Dios, que Vos no seáis. Porque si Vos no fueseis, ninguna cosa sería, pues todo lo que tiene ser pende de Vos. Más vuestro Ser no pende de nadie, sino de Vos mismo, porque no es participado sino propio; y por eso no es limitado ni medido, sino universal e infinito, pues él sólo comprende todo ser......

«Ameos también yo, Señor, pues Vos sois poderosísimo mantenedor y sustentador de todas las criaturas; las cuales como no pudieron salir de no ser a ser sin Vos, así tampoco se podrían conservar en ese mismo ser sin Vos. Vos sois el que estáis asentado sobre los tronos de los cielos y desde allí llega vuestra vista hasta los abismos. Vos tenéis, como dice el Profeta, con tres dedos colgada la redondez de la tierra: es a saber: con la grandeza de vuestra omnipotencia, de vuestra sabiduría y de vuestra bondad, con los cuales cargastes sobre ella los montes y los collados por su justo peso y medida. Vos pusistes sus puertas y cerraduras a la mar y le señalastes sus leyes y dijiste: *Hasta aquí llegarás y no pasarás adelante, y aquí quebrantarás el furor de tus olas...*

...»Ameos también yo, porque Vos sois fuente de sabiduría de quien proceden todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia...

...»Vos sois hermosura del universo, pues todas las cosas creastes cada cual en su manera hermosa, de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan, en cuya cara desean mirar los Angeles, con cuya vista tienen su última felicidad todos los espíritus soberanos. De Vos recibieron su hermosura las aves, las flores, las fuentes, los campos, los ríos, los mares, los bosques, los árboles, la tierra, los montes, los valles y todas las cosas. Vos hermoseaste el cielo con estrellas, el aire con aves, el agua con peces, los prados con flores y la tierra con infinita diversidad de plantas y de animales...

...»Vos henchís todas las cosas sin extenderos, y pasáis por todas ellas sin moveros y estáis dentro de todas ellas sin estrecharos. Vos las criastes sin necesidad, y las gobernáis sin trabajo, y las mudáis sin mudaros... Vos sólo sois a Vos y a todas las cosas suficientísimo. Y por eso quien a Vos sólo tiene, todo lo tiene; y quien a Vos no tiene, aunque todo lo demás tenga, es pobre, miserable y mendigo.

...»Todas estas perfecciones y alabanzas, con otras infinitas caben, Dios mío, en Vos; las cuales ni el entendimiento puede comprender, ni la lengua mortal explicar. Por donde la mayor alabanza que de Vos puede predicar nuestra bajeza, es decir que del todo sois incomprensible, y que, como dijo un filósofo, con silencio habéis de ser venerado, dando esta soberana gloria a vuestra substancia; que sóla ella es infinita en la esencia, en la bondad, en la hermosura y en todo lo demás. Y como es infinita en todo así no puede ser comprendida con nuestro entendimiento y mucho menos explicada con nuestra lengua mortal...

...»*Este es el Dios grande que vence nuestra sabiduría,*

y el número de sus años inestimable. De las cuales palabras manifiestamente se colige cómo por todas partes sois, Señor, inefable e incomprensible. Más alto sois que todo lo que se puede imaginar y figurar; y aún más alto que todo lo que se puede entender y contemplar; y aún sobre todo, más alto que todo lo que se puede amar, y gozar y desear. Porque a todo esto sobrepuja la inmensidad de vuestra grandeza...

...»Ensanchad, Señor, mi corazón en vuestro amor, porque sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de vuestro amor. Un río arrebatado y encendido dice el Profeta que vio salir de la cara de Dios. Hazme, Señor, nadar en ese río; ponedme en medio de esa corriente para que me arrebate y lleve en pos de sí, donde nunca más parezca y donde sea todo consumido y transformado en ese fuego de amor. Esta sea Señor, mi demanda; este mi estudio perpetuo; en esto gasté los días; en esto piensa las noches. Ni vea cosa de los ojos que no sea despertador y estímulo de vuestro amor. Con este cuidado viva y ésta sea la postrera palabra con que muera. Pues son bienaventurados los que en Vos mueren y en Vos mueren quien a Vos viviendo aman.» (Fray Luis de Granada, *Memorial de la Vida Cristiana. Tratado Séptimo. Sgda. Parte. Del amor de Dios. Oración de las Perfecciones divinas.)*

APENDICE VII

Santo Tomás de Aquino.
DIOS, SU ESENCIA, NATURALEZA Y VARIAS PERFECCIONES.—Santo Tomás de Aquino (1225-1274).

Analiza la existencia y naturaleza de Dios cuanto puede analizar el entendimiento humano desde su existencia hasta sus propiedades en la *Suma contra los gentiles.* No lo hace descriptivamente, sino con raciocinio seco y contundente y claridad esquemática. Sólo transcribo muy breves párrafos de este libro insuperable, porque como habla escuetamente a la razón, y con sólo argumentos, no es libro de lectura amena, sino de estudio de luz de Dios. Escojo un solo argumento de los varios que expone, sobre la Naturaleza de Dios, la eternidad de Dios, que es ser simplicísimo, que su esencia es su existencia, que es la misma bondad y el sumo bien, y que su entender es su propia esencia y sólo puede haber un Dios. Pondré el capítulo de donde se toma.

«El primer motor o hacedor del universo... es el entendimiento. El último fin del universo es, pues, el bien del entendimiento. Es en consecuencia, razonable que la verdad sea el último fin del universo y que la sabiduría tenga como deber principal su estudio.» *(Contra Gentes.* Lib. I, cap. I.)

«...Es también necesaria la fe para tener un conocimiento más veraz de Dios. Unicamente poseeremos un conocimiento verdadero de Dios cuando creamos que está sobre todo lo que podemos pensar de El, ya que la sustancia divina trasciende el conocimiento natural del hom-

bre... Porque el hecho de que se proponga como de fe alguna verdad divina trascendente, le afirma en el convencimiento de que Dios está por encima de lo que puede pensar.» (Id., cap. V.)

«La razón natural no puede contradecir la verdad de fe.» (Id., cap. V.)

«Lo probado anteriormente demuestra que Dios es eterno. En efecto: todo lo que comienza a ser o deja de existir, lo hace por movimiento o mutación. Hemos demostrado que Dios es completamente inmóvil, luego es también eterno, carente de principio y de fin.» (Idem, cap. XV.)

...«Si Dios es eterno necesariamente no está en potencia o capacidad de recibir. Y del mismo principio se puede concluir también que Dios no es materia, porque la materia esencialmente es potencia o puede recibir. Además, la materia no es principio de acción.» (Id., caps. XVI y XVII.)

...«De lo probado se sigue que Dios excluye la composición... Lo compuesto es posterior a los componentes. .Luego el ser primero, que es Dios, de nada está compuesto.» (Id., cap. XVIII.)

...«Lo dicho manifiesta también que Dios no es cuerpo... Puede deducirse que Dios es su propia esencia, ser o naturaleza. En todo ser que no es su propia esencia o ser es necesario admitir alguna composición. En efecto: como quiera que todo ser tiene su esencia, todo lo que es dicho ser es su esencia, y así él mismo será su propia esencia.» (Id., caps. XX y XXI.)

...«Dios, que no es otra cosa que su propio existir, es el ser de universal perfección, no faltándole ningún género de nobleza.» (Id., cap. XXVIII.)

...«De lo anterior puede deducirse que Dios es su propia bondad. El bien propio de todo ser es existir en acto. Es así que Dios es no solamente un ser en acto, sino su propio ser...; luego no sólo es bueno, sino la bondad misma.» (Id., cap. XXXVIII.)

...«Y se demuestra que Dios es *el bien de todo bien*... La bondad de un ser es su propia perfección. Más Dios, como es absolutamente perfecto, abarca con su perfección todas las perfecciones. Luego su bondad comprende todas las demás. Por esto es el bien de todo bien.» (Id., capítulo XL.) «...Se ve que Dios es el sumo bien. Lo que se designa por esencia es más real que lo que se designa por participación. Dios... es bueno por esencia mientras que lo demás es bueno por participación. Luego Dios es el Sumo Bien.» (Cap. XLI.) «...Dios es único. Es imposible que existan dos sumos bienes. Lo que se afirma de un modo sumamente perfecto, no puede encontrarse nada más que un solo ser... Como Dios es el Sumo Bien, Dios es único.» (Id., cap. XLII.)

...«Se va a demostrar que Dios es infinito conforme a una magnitud espiritual. Pero no tomando infinito en el sentido de privación, como sucede en la cantidad dimensiva o numeral, que, en efecto, de suyo ha de tener fin; y por eso se llaman infinitos los seres que no lo tienen, porque se les prive de lo que naturalmente debían tener. Por esta razón el infinito en ellos significa imperfección. En Dios, por el contrario, se ha de entender el infinito solamente con sentido negativo, porque no hay término

ni fin en su perfección, sino que es el ser perfectísimo. En este sentido, por lo tanto, se debe atribuir a Dios la infinitud.

»Todo ser naturalmente finito está determinado a un cierto género. Pero ya se demostró que Dios no está bajo ningún género, sino que su perfección contiene la participación de todos los géneros. Por lo tanto Dios es infinito. ...Un acto en tanto es más perfecto en cuanto tiene menos mezcla de potencia. De donde todo acto con mezcla de potencia tiene una perfección limitada; y, en cambio, el que no tiene mezcla de potencia no tiene límites en su perfección. Pero Dios es acto puro sin potencialidad alguna, como se ha probado. Es por tanto infinito...» (Id., cap. XLIII.)

...«Siendo Dios inteligente se concluye que su intelección es su propia esencia... La intelección es al entendimiento, como la existencia es a la esencia. Se ha probado ya que el ser divino es su propia esencia, luego el entender divino es su propio entendimiento. Ahora bien: el entendimiento divino es la esencia de Dios, de lo contrario sería algo accidental a Dios. Es necesario, pues, que el entender divino sea su propia esencia.» (Id., cap. XLV.)

APENDICE VIII

San Anselmo de Cantorbery escribió muy bellas novedades de Dios.

Dios es sobre cuanto se puede pensar. San Anselmo de Cantorbery (1033-1109).

...«Como se ha encontrado que hay un ser soberanamente bueno, considerando que todos los seres buenos son

tales, por un ser que es bueno de por sí, del mismo modo hay que concluir necesariamente que hay un ser soberanamente grande, si se reflexiona que todo lo que es grande lo es por un ser que es grande por sí mismo. Digo grande no por la extensión como lo es un cuerpo, sino que cuanto es mayor es más digno y bueno, como la sabiduría. Y como no puede haber nada soberanamente grande más que lo que es soberanamente bueno, es necesario que haya un ser a la vez soberanamente grande y soberanamente bueno, es decir: lo sumo de todo cuanto existe.» (*Monoloquio*, cap. II.)

...«No sólo todo lo que es bueno y grande lo es en virtud de una sola y misma cosa, sino que también todo lo que existe parece existir en virtud de un solo y mismo ser. Porque todo lo que existe procede de algo o de la nada. De la nada no puede recibir el ser, pues ni se puede pensar que existe algo sin causa; Luego lo que existe no tiene el ser nada más que en virtud de otra cosa» (*Monoloquio,* cap. VI.)

...«El ignorante tiene que convenir en que tiene en el espíritu la idea de un ser por encima del cual no se puede imaginar ninguna otra cosa mayor; porque cuando oye enunciar este pensamiento, lo comprende, y todo lo que se comprende está en la inteligencia; y sin duda ninguna este ser por encima del cual no se puede concebir nada mayor, no existe en la inteligencia solamente; porque si así fuera, se podría por lo menos suponer, que existe también en la realidad, y ésta nueva condición haría a un ser mayor que aquel que sólo tiene existencia en el puro y simple pensamiento. Por consiguiente: si este ser por encima del cual no hay nada mayor, estuviera solamente en la inteligencia, sería contra razón decir que el ser mismo sobre el